

cias y fin irreligioso todos conocen, y en las que personas de la primera categoría han inscrito sus nombres; sociedades filosóficas cuyo objeto, según sus miembros, es derramar las luces del siglo en la juventud del país, pero que realmente dirigen sus esfuerzos á extinguir del todo esa fe que, como lámpara que en sus últimos momentos apenas arroja una luz confusa y para nada provechosa, conservan algunos de la clase rica; literatos viciados por los sistemas de Eygle y de otros materialistas aprendidos en las universidades, orgullosos de teorías que ellos no inventaron, y creen destinadas á regenerar el mundo, esperan impacientes ese momento que será preparado por la revolución universal de la sociedad; un clero, en fin, que formó su conciencia en la escuela de Rudelbach, Neander y Schleger-Macher, cuyas obras le sirvieron de texto para adoptar como principios todos los errores del panteísmo, ved ahí el cáncer gravísimo que devora y consume á los reinos septentrionales de la Europa que el protestantismo arrebató á la fe de la Iglesia universal.

No tememos equivocarnos en denunciar las infinitas proporciones de este mal, cuando ellas se dejan conocer á primera vista: los templos solitarios en el oficio de los domingos, la falta de obras aparentes para robustecer el principio religioso en la conciencia del pueblo, la lectura de todo lo mas impío é inmoral que vomitan las prensas materialistas de Francia é Inglaterra, y cuidadosamente se traduce al idioma de los Escandinavos, para ponerlo al alcance de todos, bien lo hace conocer sin necesidad de comentarios. Los antiguos conservadores, que miraron en su religion la mejor salvaguardia del Estado, conocen este mal; la autoridad misma lo conoce tambien, pero es débil y retrocede ante una prensa que la insulta del modo mas grosero. ¿Cuál será el desenlace final de este órden de cosas? ¿Dónde irá á parar un Estado carcomido por males tan graves de por sí? Fácil es á cualquiera preverlo, sin necesidad que otro le sugiera sus ideas.

CAPÍTULO XXIV.

Intriga que se percibe á primera vista. — Los templos y sus oficios. — Legislacion intolerante. — Hechos recientes. — Las asambleas. — El clero. — Su influencia para mantener el órden actual. — Confesion por ley civil. — Penas á los transgresores. — Accion del gobierno sobre la Iglesia. — Ocupaciones y privilegio social del clero. — Observacion importante. — Beneficencia pública. — Upsal. — Desmentida dada por un protestante inglés al protestantismo sueco. — La universidad. — Avances del materialismo. — Los textos para la enseñanza. — Decadencia. — Dos cosas que quedan intactas. — ¿Quién ha de prevalecer? Síntomas. — Una impresion.

Visitando la Suecia se percibe á primera vista que alguna intriga política separó del catolicismo este reino, uno de los bellos florones que adornaban la tiara del pontificado. Los templos conservando su forma, sus altares, imágenes y adornos estrictamente católicos, las ceremonias del culto y hasta las vestiduras sacerdotales, muy semejantes á las del catolicismo, hacen pensar que el cisma debió allí su origen á un abuso del poder mas bien que á la voluntad y al convencimiento de la nacion. Ese pueblo, que se dice católico y que cree realmente pertenecer á la comunión universal, fué engañado en efecto por Gustavo Wasa, que, abusando de su ignorancia, le hizo aceptar los errores de Lutero como doctrina pura del catolicismo, y le dió obispos sin ordenacion legítima, diciéndole estar consagrados en la capital del mundo cristiano. Por eso nada me sorprendió ver en los templos á los ministros luteranos haciendo su simulacion de misa, vestidos con los ornamentos latinos, y usando el

mismo cáliz que prescribe el rito de estos. Ni me asombró oír llamar misa á su servicio, ni ver á los obispos llevar el pectoral y el anillo, y engalanarse con los vestidos pontificales en los días de gran solemnidad. El misal romano subsistió en las diócesis del Norte hasta la mitad del siglo pasado, en que fué mandado recoger por decreto de la dieta eclesiástica. El pueblo ignorante no pudo percibir fácilmente el engaño cuando ninguna diferencia notaba en las ceremonias del culto, cuando muchos de sus párrocos y sacerdotes habian caído en el mismo lazo, y cuando el gobierno con exquisita diligencia separaba del ministerio parroquial á los que poseían la energía suficiente para denunciar aquella intriga vergonzosa. Mas este error debía durar poco; y el pueblo, que era su víctima, comprender en fin la realidad: las leyes mas formidables se sancionaron entonces para prevenir ese caso, leyes que imponen á la conciencia una fe, y sancionan la proscripción, la confiscación y la muerte para quien no se conforme con sus tiránicas prescripciones.

Segun estas, todo Sueco debe profesar el protestantismo luterano; el cambio de religion es castigado con la pena de destierro de por vida y confiscación de su propiedad; el padre es responsable del cambio de sus hijos, y sufrirá la pena á una con aquel; lo es tambien el marido de la fe de su mujer, de suerte que, segun estas sanciones, ni el hijo ni la mujer pueden tener jamas conciencia propia sino siempre sometida á la del padre ó del esposo. Ningun sacerdote católico puede establecerse en el país; y el individuo de cualquier instituto regular que osase entrar en él incurrirá en la pena capital. Ninguna clase de culto público se permitió á los católicos, que llevaron en Suecia desde entonces el nombre de *papistas*. Un código semejante sancionado para encadenar el espíritu del hombre asusta verdaderamente; y el protestantismo, al producirlo, no pudo encontrar modelo sino en los hechos entonces recientes de

la reforma anglicana ó en la religion de los ulemas. Estos son borrones que manchan cada uno de los pasos del protestantismo, que para extenderse tuvo que echar mano del engaño y de la espada, de la misma manera que el autor del Alcoran. Ni se diga que tales sanciones fueron obra del momento, y que el buen sentido y la tolerancia protestante las rechazó tan presto como la calma sucedió á la excitación consiguiente á una gran revolucion religiosa, porque realmente no es así. La Suecia ha conservado intacta la mayoría de estas leyes, vergonzoso ejemplo de intolerancia; y cuando las asambleas se vieron forzadas á conceder la libertad de cultos que exigian las circunstancias, no fueron revocadas otras sino aquellas que prohibian la erección de iglesias y la permanencia de sacerdotes católicos, quedando subsistentes todas las demas. Recientemente (1) han sido aplicadas por los tribunales de Stokolmo contra las familias de Junk, de Offerman y cinco mas, las que castigan con destierro la abjuración del protestantismo; y consultada la dieta si estaban ó no en vigor tales disposiciones, dos de sus asambleas han votado ya afirmativamente. Á despecho de la tolerancia que inspira el Evangelio, de las luces del siglo en que vivimos, y del lenguaje mentiroso con que los disidentes han predicado siempre tolerancia donde no son fuertes, las dos restantes votarán lo mismo; y esas leyes, eternamente afrentosas para la comunión en cuyo seno se formaron, permanecerán intactas mientras dure la Suecia protestante. Estos son hechos que pasan á la mitad del siglo diez y nueve y á la faz del mundo civilizado, que los reprobaba, porque sabe cuáles son los derechos de la conciencia y cuál el agravio que se le infiere, pretendiendo imponerle por fuerza creencias que rechaza. «Ningun cristiano» podrá jamas recordarlos sin rubor, escribia un juicioso protestante, pues ellos equivalen á declarar que la fe es

(1) 3 de febrero de 1853.

» ya entre nosotros, no un negocio de conciencia, sino de
 » Estado, que va á ventilarse delante de los tribunales; y
 » que los miembros de la iglesia luterana de Suecia no tie-
 » nen libertad para separarse de su antigua fe, sino que
 » deben hipócritamente continuar en ella, aun cuando su
 » conciencia lo resista (1). »

Hemos manifestado francamente el recelo que nos asiste de que este orden de cosas continúe todavía en Suecia durante muchos años, y nace nuestro temor de la organizacion actual del poder legislativo del Estado. Existe entre tres de las cuatro cámaras ó asambleas que componen la Dieta, una especie de alianza para conservar las antiguas leyes, sin permitir reforma ni variacion alguna radical. Estas asambleas son las de los nobles, del clero y de los paisanos: uniéndose han querido oponer una barrera formidable á los avances de los propietarios y comerciantes que forman la tercera cámara, pronunciada tantas veces por las reformas que piden las circunstancias del país y de la Europa toda. Estos quieren la abolicion del diezmo, que se ponga coto á las rentas del clero, que se sancionen leyes que le obliguen á llenar las funciones de su ministerio, que no continúen los nobles en posesion de privilegios que ofenden á la igualdad, base del sistema representativo, que los impuestos graven igualmente sobre todas las clases, y que no exista culto alguno pagado por la nacion, sino que cada particular contribuya para sostener el que fuese de su agrado. Tal programa debió unir naturalmente á las clases cuyos intereses amagaba; y así sucedió en efecto, porque los clérigos y los nobles se unieron para hacerle oposicion. La cámara de los paisanos, compuesta en su mayoría de hombres ignorantes y unidos por otra parte con el clero

(1) Carta del sínodo de la Iglesia evangélico-francesa al arzobispo de Upsal, primado de Suecia, en 15 de abril de 1854, publicada en el *Journal des Débats* de 20 de junio de 1854.

por vínculos de parentesco, marchará siempre con este y con los nobles, á quienes tambien le ligan ciertas obligaciones de gratitud. Nada pues hay tan difícil como introducir reformas que den en tierra con el prestigio clerical, robusteciendo en el seno de la nacion la influencia de su formidable adversario el catolicismo. A quien reflexione sobre este orden de cosas no podrá maravillar la resolucion de que hicimos mérito arriba.

El clero, falto de instruccion por lo general, es intolerante, y sabe aprovechar perfectamente los instintos religiosos de la plebe, para conmoverla cuando conviene á sus intereses. La prensa europea ha publicado diferentes cartas que le han dirigido sus correligionarios de Francia, de Suiza y de Alemania, para inspirarle moderacion en los excesos á que le arrastra su fanatismo (E). Stokolmo ha visto repetidas veces invadir los pastores las casas de los particulares y arrancar de las habitaciones privadas á la hija de familia, á la esposa ó á la madre que abjuró los errores de Lutero, conducir las públicamente á la prision como si fuesen corchetes de la justicia, é incitar á la plebe para que insultase en el tránsito á sus víctimas, que manifestaban respetar su conciencia mas que ellos. De esta naturaleza son los hechos que los protestantes ilustrados denunciaron á la indignacion del mundo entero. Pero no son aquellas circunstancias solamente las que favorecen la dominacion del clero: existen todavía en Suecia ciertas prácticas que si por una parte demuestran con evidencia su origen católico, por otra degeneradas sacrílegamente, corrompidas y convertidas en medios de accion, dan al clero un poder inmenso en todos los círculos de la sociedad. La confesion, por ejemplo: la confesion, repetimos, porque, hablando de un país protestante, dudaría alguno oyéndola nombrar. Para disfrazar mejor sus intenciones, los fautores del cisma sueco dejaron vigentes los preceptos de la confesion sacramental y de la comunión pascual; mas en aquella

cuidaron de quitar cuanto pudiera parecer molesto al amor propio de los novadores, es decir, quitaron la confesion de las culpas. El cumplimiento del precepto está reducido á presentarse el penitente al párroco, quien dice con él algunas oraciones, le absuelve en seguida, y concluye llevándole al altar, donde le da la comunión bajo ambas especies.

La ley civil que declara vigente el precepto de la confesion ha venido á ser una de las fuentes de riqueza que proveen al clero y á las iglesias de Suecia de pingües rentas. El que no hace su confesion anual en el término fijado por las ordenanzas incurre en una multa de cincuenta y cuatro rixdollars, y en la misma el que comulga sin haber precedido la confesion; fuera de pagar aquella multa el trasgresor queda inhabilitado para servir de testigo en juicio, y todo el que necesita deducir en los tribunales esta tacha, toma del párroco un certificado que lo acredita. Este, por su parte, cobra las multas por medio de los agentes de policía, que arrancan dineros por fuerza al que rehusó purificar á tiempo su conciencia.

El clero sueco luterano se compone hoy del arzobispo de Upsal, que es el primado eclesiástico, de once obispos y tres mil trescientos cincuenta y cuatro clérigos. Los obispos son nombrados por el rey á propuesta en terna de los curas de la diócesis reunidos en capítulo. Mas el rey, *príncipe y soberano espiritual*, como se titula, tiene derecho para indicar al capítulo la persona que desea se le proponga, y tambien para devolver las ternas, hasta que haya sido obedecida su voluntad. De este modo no es raro ver ascendidos al episcopado á hombres seculares que prestaron sus servicios al Estado en negocios ajenos de la Iglesia. El diplomático, el naturalista, el literato mismo que hizo distinguir su talento en producciones poéticas, puede pretender un obispado y descansar á la sombra del Santuario de las fatigas que le produjeron los cuidados del siglo. De este modo

han ascendido en nuestros dias el diplomático Kullberg, el botánico Agardh y el poeta Tegner, muy conocido por la licencia y la inmoralidad que presiden en sus composiciones. El nombramiento de los párrocos corresponde al rey á presentacion de los obispos, quienes para proponer consultan ántes su capítulo; mas el rey por su parte puede nombrar otro que no le haya sido propuesto, y de esta manera la Suecia ha visto no hace mucho ser instalado en una de las mejores parroquias un materialista é incrédulo, que despues de predicar á sus feligreses, decia francamente que él nada creía de cuanto acababa de decir en el sermón, y que lo habia repetido tan solo por llenar su obligacion y ganar su sueldo. Esta accion tan directa del gobierno sobre la Iglesia encadena de tal modo la religion y sus ministros al poder civil, que con toda exactitud puede decirse no ser aquella en Suecia ni en Noruega mas que un medio de administracion. El clero por su parte mira tranquilo usurpar el rey las atribuciones que Dios no quiso confiar á los hombres, y léjos de reclamarlas con la paciencia y energía que encargaban los Apóstoles, adula al poder, de quien es mero dependiente, y de quien tambien todo lo espera. Sabido es que á él dirige las consultas sobre disciplina, á él somete sus decisiones en materias puramente eclesiásticas; y aun llegándolo á creer árbitro para dispensar en el derecho divino, á él ha pedido que cambie la materia que eligió Jesucristo para sus sacramentos. Recordando la célebre peticion de tres obispos á Carlos XIV á fin que les autorizase para usar en el servicio y en la comunión de sus creyentes otro licor que el vino, muy escaso y muy caro entónces en el Norte de la Suecia, se conoce bien hasta dónde llega aquella sumision, ó por mejor decir aquella esclavitud. El rey, al responder entónces: « *No me creo autorizado para eso,* » comprendió su deber mejor que el clero.

Fuera de los individuos ocupados en el servicio de la Igle-

sia y algunos pocos que enseñan en la universidad y en los colegios, el resto de los eclesiásticos vive ocupado de negocios que le proporcionan ventajas mas positivas que las funciones de su ministerio. Los párrocos con especialidad, como que administran las propiedades de su iglesia, se dedican á su cultivo, y especulan con ellas como cualquier individuo del siglo. Sus costumbres del mismo modo ni son mas austeras, ni mas morigeradas que las de aquellos, de suerte que bien difícil es distinguirlos cuando no llevan una golilla blanca, señal de su carácter.

Aunque la gente del pueblo es ignorante en Suecia, alcanza sin embargo á percibir muy bien no ser aquellas las ocupaciones naturales de los eclesiásticos: le choca verlos hojear el libro de caja en vez de la Biblia, dirigirse cada dia á visitar los establos de sus bestias y los sembrados de su pertenencia, en vez de ir á las casas de los enfermos y á los establecimientos de caridad, y dotar sus hijas con el producto de las rentas con que debian socorrer las necesidades de sus parroquianos. Le retira ese cariño filial que le profesó en otro tiempo, y la confianza que depositó en él á nada comparable sino á la solicitud con que la correspondieron los individuos que supieron merecerla en época mas feliz que la presente. «Nuestro clero, me decia un profesor de Upsal, tuvo ántes un influjo desmedido sobre el pueblo, pero que desgraciadamente va perdiendo muy aprisa: la multitud veía en él la autoridad del sacerdocio, la voz del Cielo y nada mas; mas esa voz salía siempre de un individuo que la acompañaba con mil obras bellas en que el pueblo veía las señales de su mision. Pero esto hoy ha pasado, y cabalmente cuando esa multitud mas instruida que ántes nada mas ve en el sacerdote que un hombre vestido de dignidad, y se cree con derecho para preguntarle: ¿En nombre de quién V. habla? Y á la verdad ni los campos que cultiva, ni los graneros de sus haciendas, ni los instrumentos de labranza que lleva entre sus manos son el

mejor antecedente para conservarle el amor y respeto de sus fieles; ni título para poder decir: «Yo os hablo en nombre de Dios.» Esta reflexion bastante sensata, hecha por un protestante, es el pensamiento de la mayoría, y el clero experimenta muy bien sus efectos, viéndose cada dia mas aislado.

Hemos dicho que existen en Suecia tres mil trescientos cincuenta y cuatro clérigos (1), y observaremos que de estos no son casados mas de una tercera parte. En este número se comprenden los que no son párrocos, ni han logrado todavía una ventajosa posicion. La sociedad distingue á estos con el nombre de *comprometidos*, que ellos aceptan, como si esperasen solo una circunstancia favorable para desposarse. No son jóvenes todos estos eclesiásticos célibes; los hay tambien entre ellos viejos, y no pocos que mueren sin haber recibido jamas la bendicion nupcial. Á mi juicio, esta es una desmentida formal que recibe el protestantismo, que ha pretendido sostener contra el catolicismo la imposibilidad del celibato clerical: no hay medio, ó este es posible, ó la mitad de sus ministros en Suecia son hombres corrompidos y que ofenden sin rubor los preceptos de la moral.

Algunos de esos bellos monumentos en que el catolicismo retrató en Suecia su genio emprendedor, se dejan contemplar aun, pero sin esplendor, sin vida, ruinosos y semejantes á los vestigios de soberbios palacios que el viajero se pára á mirar en lugares hoy desiertos, pero ocupados en otro tiempo por las ciudades mas florecientes de Asia y África. El hospital de Serafin (*Seraphimem Lazarettet*), el hospicio de ciegos, el colegio de huérfanos y la catedral de San Nicolas, templo majestuoso, donde reposan las cenizas de sus reyes, fundaciones serán por siempre memorables, pues en ellas compite la grandeza material con el objeto moral de las instituciones. Mas ¿qué

(1) Estadística publicada por el gobierno en 1853.

encontré en esos lugares, asilos de ese amor generoso que reprochando al mundo su dureza los crió para perpetuar en ellos sus oficios maternales? En el hospital un clérigo casado iba de cuando en cuando á leer á los enfermos en el libro de Job, pero desde un lugar distante, porque temia llevar contagio á su familia. Por este mismo motivo no administraba la confesion ni la comunión á muchos de sus moribundos, como lo manda su ritual. Unas pocas mujeres servian en virtud de la paga que recibian de sus administradores; y á la verdad sus diligencias no podian ser las mas eficaces, teniendo delante el ejemplo de su pastor. En la casa de huérfanos ví algunos niños puestos bajo la tutela de un viejo sarjento retirado, que á sus funciones de director unia las de profesor, inspector y ecónomo; y en rededor de las tumbas de los reyes reinaba un silencio pavoroso desde que cesaron de oirse las armonías del órgano católico, que acompañaba al coro de sacerdotes ocupado en pedir á Dios descanso eterno para las almas de sus soberanos. Sin embargo aquellos establecimientos poseen una renta anual de dos millones de francos, que muestran bien hasta dónde fueron generosos sus ilustres fundadores. Pero preguntad á sus ecónomos y administradores cuál es el que presta gratuitamente sus servicios; preguntadles si despues que la reforma invadió tos establecimientos de beneficencia, se ha levantado alguna generacion de hombres filantrópicos que se consagrare al cuidado de los pobres, de los enfermos y de los huérfanos. El pueblo os contestará que ninguna, y los datos oficiales os instruirán que la tercera parte de las rentas de beneficencia quedan como paga en manos de sus administradores.

En la vieja catedral de Upsal encontré el sepulcro de Erico IX, aquel piadoso rey de Suecía, insigne protector del cristianismo, y á cuyos cuidados debió Finlandia su nacimiento á la fe. El pueblo visita aun su sepulcro, y los ministros de la reforma, que declaman en todas partes contra el

culto de los Santos, fomentan en Upsal la piedad de los cristianos, que se arrodillan delante de los restos de un soberano que unió al cetro real la palma del martirio, y reciben sin escrúpulo las donaciones que depositan sobre su sepulcro en señal de amor y gratitud. No me sorprendió ménos oír la invitacion de uno de los guardianes para que fuese á ver un hábito de santa Brígida; él referia *milagros* obtenidos besando aquella ropa, lo que me hizo conocer que no era el custodio de la fuente de S. Patricio el único que negociaba á precio de su fe.

La *Revista de Edimburgo*, á quien tanto entretienen historietas como las del cuervo de la catedral de Lisboa y los angelitos de la ciudad de Valparaíso, acercándose á las catedrales de Upsal y de Dublin, podria explotar con inmenso provecho mil lances infinitamente mas curiosos que aquellos, y en los que son actores personas de su misma comunión protestante. La bella catedral de Upsal, católica en su origen, me recordaba las asambleas en que los obispos luteranos, en union de su clero, han pretendido uniformar sus creencias sin arribar á resultado favorable; pues de las mismas discusiones nacia nuevos motivos de discordia sin quitar su fuerza á las antiguas. En escribir cartas contra el catolicismo, en denunciar á sus miembros como el enemigo mas perjudicial á la *fe nacional*, ved ahí los únicos puntos en que siempre estuvieron de acuerdo. Famosas han sido algunas disputas á que dieron lugar tales pastorales: entre otras, es muy reciente una terminada por la solemne desmentida dada á la asamblea de Upsal por un ilustrado protestante, encargado de negocios de la Gran Bretaña en Stokolmo (1). La asamblea condenaba la desidia de los *obispos romanos*, que durante su dominacion en Suecía *ningun catecismo ni libro de piedad habian dado al pueblo para alimento de su fe*. El sabio diplomático, re-

(1) G. J. R. Gordon, Esq.

volviendo los antiguos libros que conserva la biblioteca de Stokolmo, encontró diversos que manifiestan bien la solicitud del clero católico por la instrucción de los Suecos; y entre ellos especialmente uno cuya fecha monta al año de 1525, y que acaba de reimprimir la solicitud de un literato de Stokolmo (F).

La universidad de Upsal ha venido á ser poco á poco el atrincheramiento mas formidable del racionalismo en los países del Norte. No pueden ménos de asombrar las doctrinas que profesan sin rebozo algunos de sus profesores, y que necesariamente han de producir sus efectos en la opinion de los alumnos. Ya hemos indicado algunos de los textos que se entregan á los estudiantes; y cualquiera que los conozca convendrá ser absolutamente imposible la existencia de ninguna religion en un país donde lleguen á dominar doctrinas semejantes. Examinándolo todo en el crisol de la razon humana, necesariamente los dogmas vienen por tierra, porque son sobre la razon, y sin dogmas la existencia de una fe cualquiera es ilusion. El gobierno ha hecho obligatorio el estudio de la religion en todos los colegios del Estado; mas él no evita que la direccion de esta enseñanza recaiga en individuos contaminados por la incredulidad, que la instrucción religiosa trata de combatir. Ni el primado, ni los obispos tienen intervencion de ninguna especie en la enseñanza de la religion. ¿Ni producirian acaso algun saludable influjo los cuidados de unos intrusos? Este es el lugar que ocupan los obispos luteranos en el juicio de la mayoría de los universitarios de Upsal: ellos no creen la sucesion apostólica del primado, ni de sus cólegas, y el que no desconoce abiertamente, duda al ménos de la legitimidad de su jurisdiccion.

La universidad, como hoy se encuentra en decadencia, apenas cuenta novecientos escolares; pero dos cosas le restan intactas, bien preciosas por cierto para quien sabe apreciar los recuerdos que honran al género humano: la rica

biblioteca donde vinieron á reunirse millares de volúmenes debidos al cuidado de instituciones anteriores á la reforma, ved ahí la primera; la memoria de los arzobispos de Upsal, fundadores de la universidad, que despues de enriquecerla con cuantiosas rentas continuaron durante un siglo siendo sus insignes bienhechores, cuya memoria vive, y sus recuerdos han atravesado frescos las revoluciones de tres siglos, ved ahí la segunda. La universidad se instaló en 1476: un siglo despues la invadió el protestantismo; desde entónces ni un solo bienhechor que merezca el nombre de insigne ha venido á enriquecerla con legados.

El catolicismo, que bajo el imperio romano midió sus fuerzas con el paganismo y triunfó del poder formidable de los soberanos que lo protegian, que en la Gran Bretaña y Alemania prevalece despues de una persecucion constante de tres siglos, y que en el Oriente lucha cuerpo á cuerpo con el cisma y la herejía, triunfará tambien en el Septentrion europeo de las leyes formidables que le opone el protestantismo sueco. ¡Ah! bien lo auguran ya el pequeño templo edificado en el centro de Stokolmo, y que encontré siempre lleno de católicos fervorosos, y el pequeño asilo donde las *Señoras de la Providencia* con caridad incomparable atienden á los huérfanos católicos. Diez años atras un pobre sacerdote frances tenia que desempeñar los oficios de comisionista, y que mendigar de puerta en puerta, para no morir de hambre, con algunos huérfanos que habia recogido; y un triste oratorio en el fondo de una habitacion particular era todo lo que poseían cincuenta familias de católicos que habia en Suecia. Hoy, á pesar que una ley bárbara prohíbe á los ciudadanos abrazar el catolicismo dejando el culto nacional, una bella iglesia, un vicario apostólico, sabio y celoso, y algunos sacerdotes ejemplares representan bien los derechos del catolicismo. Quitad aquella barrera, podrá decir este al protestantismo, quitad esas leyes semejantes á las que se registran en el código musulman, y con-